

# A C T I T U D E S

## A R B O L E S

Por VICENTE GARCIA DEL REAL

### *Pino*

*Tú benderás, con tus garfios aguzados,  
hasta lo más profundo de mi entraña,  
y en tu cuenco de barro recocado  
recogerás mis lágrimas.*

*Herirás mis ramajes  
por recoger mi fruta madurada,  
y yo callaré siempre, aunque lo sienta  
en el reseco cáliz de mi alma.*

*Beberé, cuando Dios quiera enviarme  
su bendecida agua.*

*No te reprocharé jamás tu olvido  
y esperaré, mañana tras mañana,  
y te daré mi sombra y mi perfume  
sin reprocharte nada.*

*Mas no intentes cortarme, te lo ruego,  
con tu afilada hacha,  
leñador,  
esas ramas*

que esperan impacientes mucho tiempo  
a un ruisenor que canta,  
cuando abre su flor la primavera,  
como un nenúfar, blanca!

Leñador, mis raíces son serpientes.  
Si las provocas, matan.

## Ciruelo

Gota de sol, maciza,  
acídulo ciruelo,  
a mi boca sedienta, esta mañana,  
te has dado por entero.

¡Arbol, como te diste a mis sentidos,  
enjoyado de fruto, bajo el cielo!

Tan sólo porque, un día,  
te cobijé en mi huerto  
y te di de beber en el verano  
y te dejé dormir en el invierno,  
mientras que en la ciudad me saturaba  
de amargor y veneno.

Hoy al llegar a verte, me has dado  
las gracias, en silencio.

Me has dado más quizá, sólo en un fruto:  
todo tú, por entero!

## Ciprés

*En el tronco más frágil  
del ciprés más pequeño,  
bendimos la bandera  
de nuestro amor eterno:  
un corazón sangrante  
con una flecha en medio.*

*Oculto entre sus ramas,  
allí, quedó latiendo...*

*La vida nos empuja  
como un ciclón. El tiempo  
no cuenta, y han pasado  
los años. Hoy he vuelto.*

*¡Qué cambio desde entonces!  
¡Ay, ciprés gigantesco  
escribiendo en las nubes  
tu mensaje secreto!*

*Hoy me he visto a mí mismo  
al mirarte hacia adentro,  
y un pájaro ha escapado  
de tus ramajes, trémulo,  
sabe Dios hacia dónde  
como mi pensamiento.*

*¡En tu tronco gigante,  
después de tanto tiempo,  
mi corazón se ensancha,  
ciprés, hacia el recuerdo!*

## Luciérnagas

Como un pájaro gris, se fue la tarde.  
 ¡Quién pudo detenerla..!  
 Ni los árboles,  
 con sus manos tendidas,  
 suplicantes...

El sol se fue, muriendo  
 como un sauce,  
 y unas gotas de luz dejó prendidas  
 temblando en los ramajes.

## Noche

Quizás fuese la luna, aquella noche,  
 quien hirió sin quererlo  
 el sauce melancólico.  
 Quizás fuese la luna, con su acero  
 —hoz recién afilada—, en su creciente.  
 Cayeron  
 de sus lánguidas ramas  
 rojas gotas de sangre sobre el suelo,  
 y quedaron inmóviles  
 bajo aquel manto negro.

Amaneció, y el sol  
 —ariete de los cielos—  
 derribó las murallas de la noche  
 con su empujón de fuego.

Se despertaba el sauce,  
 con su rítmico y blanco cabeceo,  
 y a sus pies un puñado de amapolas  
 temblaba bajo el viento.

## La más pequeña

Tú, la más revoltosa  
y la más pequeñita de la casa.  
Mi mano es como un árbol  
perenne, que te ampara.

Tú, la más diminuta.  
La más risueña y blanca.  
Eres punto final en mi camino,  
postrer huella de mi última pisada.

...Y me pregunto siempre, cuando lloras  
y yo bebo tus lágrimas  
—y es el arco en el cielo, tu sonrisa  
bajo una lluvia cálida—,

qué podrá ser de ti y qué sorpresas  
te aguardarán mañana.

Y tiemblo como un niño—y soy un hombre  
más fuerte que la acacia—

al pensar cuando gimas y no tengas  
mis labios en tu cara.

## Mis raíces

Señor, estoy perdido. Cada día  
que discurre, más hondas  
y más firmes, Señor, son mis raíces.  
El árbol de mi vida se transforma  
bajo este mar oscuro—entre la tierra—  
en una lenta y pérfida carcoma.

Señor, estoy temblando como un niño,  
al contemplar mis manos como lobas  
bambrientas caminar desesperadas  
por esa áspera sombra,  
sin que mi voluntad pueda hacer nada.  
¡Mi voluntad de roca!

Quizás, sobre el erial de mis angustias,  
Señor, venga la alondra  
de una vaga esperanza, que presiento:

y es ver, cuando yo mire hacia mis hojas,  
mis ramas que ya tocan las estrellas  
y más aves que nunca entre mis frondas.

## El sauce

Se está mirando el sauce solitario,  
en el temblor diáfano del río...

La corriente, pasando y repasando,  
intenta con abinco  
llevarse prisionera entre sus ondas  
la inmaterial imagen, como un símbolo,

y el reflejo se aferra al tronco, como  
a un corazón el último latido.

Hay un éxtasis puro en esta tarde  
última del estío.

¡Ay sauce de mi ensueño, siempre vano!  
De nada ha de servir tu loco esfuerzo:  
el verdor esmeralda de tus hojas  
se irá mil veces muerto  
con el agua, que espera ya impaciente  
el hacha poderosa del invierno.

## *A una chumbera*

*N*aces, hoja tras hoja,  
como un lento gemido de la tierra,  
y estarás para siempre arrodillada  
al borde de la senda,  
sin tronco que te acerque  
al pálido temblor de las estrellas.

*Yo te he visto llorar, bajo los cérfitros*  
*(cuando el sauce sacude su melena*  
*y el chopo pensativo*  
*cabecea)*  
*inmóvil, en el molde siempre verde*  
*de tu mudable mueca.*

*...Estoy pensando en ti*  
*(pobre chumbera)*  
*y sé que no estás sola en esa vasta*  
*angustia que te cerca,*  
*porque la soledad y la desgracia*  
*bizo Dios que jamás fueran completas,*  
*y puso las espinas en tu carne*  
*para que cuelgue en ellas,*  
*como blancas guirnaldas de azabares,*  
*mis pobres versos, mientras*  
*en su manto nupcial está envolviéndote*  
*el polvo de la seca carretera.*

## Selva del siglo xx

Es vuestro corazón, cual nuestras calles  
y nuestras casas, ¡piedra!

Hasta el bosque, lo habéis crucificado  
en una interminable línea recta,  
y lo que fueron frondas y susurros  
es alambrada tersa.

¡Qué pena,  
tener que hacer del verso mío  
saeta!

Corazones de cobre,  
¡qué tristeza,  
vivir en la ciudad,  
constantemente alerta,  
—en vuestra amenazante  
selva—  
y tener que tornarme, cual vosotros,  
fuerza!

## Un camino

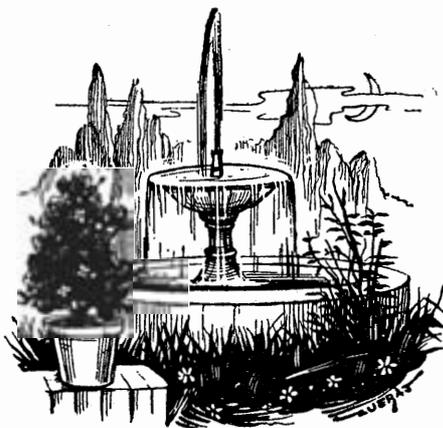
Señor, dale un camino,  
un camino, tan sólo, a mi poema.  
Hazlo denso, sencillo y luminoso.  
Que sea  
cauce directo siempre, hacia sus mares,  
y rayo tembloroso de la estrella.

*Hazlo como el ciprés:  
de ramas a su tronco paralelas,  
todas siguiendo siempre el mismo rumbo.  
Hacia la misma meta.*

*Nunca abeto, que irradia sus ramajes  
y se multidispersa.*

*Dale un solo camino, un solo empuje,  
y húndelo, todo, en esa línea recta.*

Valencia, 1958.



# E L P I R O P O

Por ANA MARIA DE ROBLES

**E**RA fea, menuda, insignificante. Se lo habían repetido siempre, hasta la saciedad, y este convencimiento de su poco valer la hacía desmañada y torpe. Unicamente las maestras de la escuela pública donde asistió de pequeña, elogiaron su inteligencia y su capacidad de trabajo.

Fue un desquite para su inferioridad física, un desahogo para su tristeza de niña desairada, sin gracia.

Este intervalo, el único agradable de su vida, duró poco. A los doce años la llevaron de aprendiz a un taller de modista. Sirvió de blanco al humor alegre, burlón, atrevido de sus compañeras. Les huía como un animal acosado. La crueldad de las bromas la hizo replegarse sobre sí misma, concentrarse, crearse una especie de mundo interior del que salía pocas veces y, cuando lo hacía, era revestida de una suprema indiferencia. Parecía ignorar la belleza externa de la naturaleza y de las cosas.

Vivía en una casa de vecindad superpoblada, ruidosa, con un patio viejo que disimulaba sus lacras a fuerza de cal, alegrado por geranios multicolores plantados en tiestos diversos: macetas, cántaros rotos, cacerolas...

Al morir su padre, único resto de familia, se aisló aún más, si cabía un aislamiento mayor. Dejó el taller. Para cubrir sus escasas necesidades lavaba y cosía ropa de soldados y de trabajadores. Uno de ellos la pretendió.

Fue un casamiento rápido, sin noviazgo, sin ilusiones. El se lo propuso con una elocuencia cruel:

—Yo necesito recogerme. Tú también. Cuando cobre la paga doble nos casaremos.

No se habló más. La boda fue eso: una casa donde dormir y una comida puntual y segura.

Era callado y sombrío. Le daba lo justo para comer y los sábados por la tarde, sin faltar uno, como si cumpliera un rito sagrado, venía borracho, tambaleándose; la insultaba y la maltrataba hasta caer rendido de bruces sobre la cama. La mujer, ocultando un asco profundo, no pronunciaba una sola palabra, ni una queja, pero los ojos brillaban a veces con chispa de odio.

Cuando supo que iba a tener un hijo pasó por varias alternativas. El primer sentimiento sobre su próxima maternidad fue de alegría suprema; luego, de pánico ante la idea de una hija que pudiera heredar su triste destino. Por último, volvió a su habitual indiferencia.

Tuvo un hijo. Un chiquillo, sano, alegre, simpático, que adoraba en su madre y dulcificó el carácter agrio y reconcentrado del padre. A medida que crecía, sentía admiración hacia lo limpio, claro, hermoso... No chapoteaba en los charcos los días de lluvia ni manchaba de barro el traje recién puesto.

El día que cumplió cuatro años una vecina le regaló un caballo. Era de cartón basto, mal pintado, con las orejas y el rabo deformes. El chiquillo lo rechazó. Ante la insistencia de su madre contestaba pateando:

—No lo quiero. ¡Es feo, feo, feo...!

Y lo arrojaba al suelo con rabia.

La madre sintió cómo unos garfios ardientes le mordían el pecho y le desgarraban las entrañas. Aquella palabra, tantas veces oída con indiferencia, adquiría en boca del hijo un valor que se materializaba, tomaba cuerpo y se erguía ante ella como un monstruo amenazador. Aquella idea que le había perseguido durante sus noches de insomnio se convertía en un peso que le oprimía, impidiéndole respirar.

El niño, con una sensibilidad especial, aborrecía lo feo. La pobre mujer se miró en el espejo como un reo que quisiera deleitarse en su propia sentencia. El azogue brillante le devolvía una imagen borrosa, descolorida, en la que destacaban los ojos pequeños y sin brillo, una nariz ancha, una boca grande, de labios incoloros, un cabello laso y descuidado.

El sentimiento de su fealdad se exacerbó, se convirtió en obsesión enfermiza y morbosa... No se atrevía a mirar a su hijo a plena luz ante

el miedo de que la fuera aborreciendo. Aquel hijo, única esperanza de su vida; luz que iluminaba sus tinieblas y la sostenía. Perdió el apetito y el sueño.

Vino mayo y el Corral de las Cruces se vestía de fiesta. Las paredes deslumbraban de cal y los suelos rechinaban de limpios. Colchas, mantones, cadenetas, flores, se mezclaban y confundían, mientras que los vecinos, artistas consumados, ensayaban los mejores efectos. El chiquillo correteaba encantado y la madre contemplaba el espectáculo con su aire ausente, como si estuviera a lejanas distancias. Ni aquel entusiasmo contagioso y ensordecedor era capaz de alegrarla.

A mediodía llegó el marido. Después del almuerzo se sintió rum-boso. Dejó unos duros sobre la mesa:

—Toma, pa que te arregles la cabeza...

Ella pensó que con aquel dinero podría comprar varias cosas, pero no se atrevió a contradecirlo. Al salir hacia la peluquería del barrio, la casera con unas vecinas le dirigieron bromas groseras. Ni las escuchó.

La tarde estaba bochornosa. Las nubes, bajas y plomizas amenazaban lluvia, el viento producía remolinos que llenaban de tierra los ojos.

Cuando, una vez arreglada, bajó la escalera del establecimiento, encontró al niño en la puerta, esperándola. Al oírla se volvió y la miró extrañado, con insistencia. La mujer sintió la mirada como una sentencia de muerte. Balbuceó, disculpándose ante aquel juez diminuto:

—Subí a... ponerme guapa, hijo.

El chiquillo hizo un gesto de incompreensión por aquel arreglo innecesario y superfluo. Se lo explicó a su madre:

—Pero, madre, si tú eres muy guapa...

Y ante el gesto de ella corroboró asintiendo con la cabeza:

—Sí, la más guapa de todas.

Y dándole un beso se alejó corriendo. La mujer sintió un golpetazo en el pecho; se apretó con las dos manos para que no se saltara el corazón.

Era demasiado de una vez. Buscó el apoyo de la escalera. Cerró los ojos. Todo le daba vueltas. Sintió cómo aquellos garfios ardientes clavados en sus entrañas se desvanecían; el peso aquel que oprimía su cuerpo maltratado se levantaba. La bruma desaparecía de los ojos.

Respiró con ansia. Había llovido y la lluvia limpió la tarde, que resplandecía. Miró con ojos ávidos, como si la naturaleza estrenara por

primera vez y para ella el azul del cielo, el verde brillante de las hojas en los árboles, el airecillo suave, tibio, oloroso a tierra mojada, que renovaba su sangre, tonificándola.

Salió a la puerta. Levantó la cabeza y miró a la vida cara a cara.

Las palabras del hijo tomaban una categoría suprema. El piropo le sonaba dentro como una música: ¡guapa!, ¡guapa!... Sabía que no lo era, pero bastaba con parecérselo al hijo. Ya no temía al monstruo que fabricó ella misma. Aquel niño tan pequeño lo había destruído con una palabra. Sonreía. La sonrisa dulcificò el rostro. ¡Qué importaba una vida de martirio si el Señor le daba aquella compensación! Los insultos, las burlas, los golpes, quedaban atrás, lejanos ya.

No comprendía cómo las gentes que pasaban por la calle no sonreían con ella. Llegó el puente. Se paró en la baranda. Las aguas estaban verdes e inmóviles. Unos hombres, el torso desnudo, brillante como ébano, descargaban una barca de sal. Más allá, unos pescadores recogían la red con unos peces pequeños, plateados, que saltaban entre las mallas. Una gaviota rozó las velas blancas. La mujer sentía ahora el encanto de aquel río en cuyas aguas pensó cobijarse el día en que el hijo la aborreciera. Volvió a caminar firme y segura.

Llegó a su casa. Las vecinas trajinaban en el patio. La casera inició una frase mordaz, pero quedó callada, con muestras de profunda sorpresa. La miró incrédula, parpadeó varias veces y terminó comentando:

—...¿Se habéis fijao?... Si no parece la misma...

Sevilla.

